

EL BALEAR

DIARIO POLITICO.

Redaccion y Administracion: San Pedro Nolasco 7, cutresuelo.—Precio mensual: 1'25 pesetas en toda España.

Año II.

Palma Lunes 10 de Setiembre de 1883.

Núm. 498

VAPORES-CORREOS.

Salidas.—Domingo 8 m. Ibiza y Alicante.—Lunes 5 t. Mahon.—Martes 6 t. Barcelona.—Miércoles 5 t. Mahon por Alcudia.—Jueves 5 t. Valencia.—Sábado 2. t. Barcelona por Alcudia.
Entradas.—Lunes 7 m. Valencia.—8 m. Mahon por Alcudia.—Miércoles 3 t. Ibiza y Alicante.—Jueves 7 m. Mahon. 10 1/2 Barcelona por Alcudia. —Sábado 7 mañana Barcelona.

FERRO-CARRILES

Servicio de trenes.—De Palma á Manacor 3'15 (m.) 8'10 m. y 2'45 t.—Palma y La Puebla 3'15 (mixto) 8'10 m. 2'45 y 4'15 (mixto) t.—De Manacor á Palma y La Puebla 3'15 (m.), 8 n. y 5'5 t.—De La Puebla á Palma 4 (mixto), 8'30 m. y 5'30 t.—De La Puebla á Manacor á las 4 (mixto) 8'30 y 3'15 t.

DON VENTURA DE LA VEGA.

Todavía sirve hoy de punto de comparación el ilustre autor objeto de estos apuntes biográficos, cuando se representa en alguno de los teatros de Madrid tal ó cual producción escénica, importada del francés, y traducida ó arreglada con la escasez de criterio y la ausencia de todo arte que suelen poner, por desgracia, de manifiesto una gran parte de autores contemporáneos.

Al penetrar en los pasillos del teatro la candidez ó la torpeza del arreglador, nunca falta algún señor, de esos que han alcanzado tiempos mejores, que diga:

—¿Cómo se traduce hoy, caballeros! ¡No pasaba esto en vida de Ventura de la Vega!

¿Es que el tal no tenía otros méritos que los de penetrarse perfectamente de las obras extranjeras, asimilárselas hasta el punto de hacerlas casi nuevas, acomodarlas con talento exquisito á la escena española, y vestir las con un ropaje de dicción castiza y esmerada?

Esto sólo habría bastado á darle la reputación que obtuvo... Pero Ventura de la Vega tenía algo más. Era, en primer lugar, un excelente poeta clásico.

Poseía fecundo número é indiscutible gusto literario. Observaba con valioso aprovechamiento los vicios y los defectos de la sociedad. Estaba adornado de agudeza natural y de estimable ingenio... En una palabra, fué durante su tiempo uno de los hombres que más contribuyó al desarrollo artístico de España.

Escribir, por tanto, una biografía del ilustre autor de *El hombre de mundo* sería equivalente á desentrañar multitud de cuestiones políticas, sociales, escénicas, en las cuales estuvo él mezclado.

Haciéndolo así no bastarían á semejante intento todas las columnas de este periódico. Tendrían que salir á colación las principales personas del primer tercio de este siglo: literatos, militares, políticos, gente palaciega y gente de hábito y sotana... ¡que todas estas clases figuraron en la accidentada vida del gran escritor!

Por esto hemos dicho antes que no vamos á dar más que unos meros apuntes biográficos de don Ventura de la Vega. Tomemos, pues, desde su origen á nuestro biografiado.

Nació en Buenos-Aires el 14 de Julio de 1807, precisamente en los días en que los habitantes de aquella ciudad la defendían heroica y gloriosamente en contra de los ingleses.

Perdió á los cinco años á su padre don Diego de la Vega, oriundo peninsular, que había pasado á Buenos-Aires de contador mayor, decano del Tribunal de Cuentas y visitador general de Real Hacienda del virreinato.

Por cuidados de su madre, doña Dolores Cárdenas, fué enviado el adolescente Ventura á Madrid, donde le recibió con el amor de padre su tío don Fermín del Río y de la Vega, mayor de la secretaría de Hacienda.

Los primeros maestros del futuro poeta fueron los jesuitas de San Isidro.

Algun tiempo después, en el año 1821, entró de alumno interno en el colegio de San Mateo, teniendo por condiscipulos algunos jóvenes que más tarde hicieron gran figura, tales como don Manuel de Mazarredo, don José de la Concha, don Diego Leon, don Mariano Roca de Togores, Pezuela, Espronceda, Ochoa y otros personajes ilustres que recibieron la primera enseñanza en aquel establecimiento memorable.

Basta á justificar este último calificativo, la noticia de que uno de los profesores del colegio era el renombrado don

Alberto Lista, cuyos útiles consejos fueron seguidos con gran provecho por la mayor parte de escritores y poetas que han procedido á la generación contemporánea.

Otro de los maestros de Ventura de la Vega era don José Gomez Hermosilla, el cual, según voz y fama, no sabía ver sino defectos en las inexpertas composiciones de los jóvenes alumnos.

Cuando alguno de éstos le presentaba con temor y desconfianza sus primeros ensayos, cuentan que el hurano profesor, en vez de alentar al discípulo, le decía:

«Esto no es más que un hacinamiento de desatinos.»

Muy distinto procedimiento usaba don Alberto Lista. Corregía suavemente los defectos del alumno, le alentaba, le colmaba de excelentes consejos y de halagüeñas esperanzas, haciendo germinar en el alma de los estudiosos jóvenes la inspiración, el buen gusto y el juicio recto y seguro.

Tal sucedió á don Ventura de la Vega, que desde edad muy temprana se había aficionado al estudio de los clásicos, y que hizo sus primeras pruebas en el difícil arte de la poesía, acompañado del esclarecido don José de Espronceda.

Aquel ilustre colegio no podía menos de inspirar recelos al ominoso gobierno que regia entonces los tristes destinos de España.

El *Angel exterminador* se cernía de un modo fatídico sobre las inteligencias españolas. El ministro Calomarde mandó cerrar el colegio de San Mateo, y los alumnos más estudiosos vieron obligados á seguir privadamente las lecciones de don Alberto Lista.

En la casa habitada por éste, cultivó nuestro biografiado la amistad de otros dos jóvenes de clarísimo talento: don Patricio de la Escosura y don Antonio Segovia, en union de los cuales fundó poco después la *Academia de Bellas Letras* denominada *El Mirto*, encomendada á la dirección de su ilustre maestro.

Empezaron los jóvenes alumnos por dar libre rienda á su imaginación poética y acabaron por dar entrada en sus pechos á las corrientes liberales. El *Mirto* pasó del tranquilo campo de la literatura al accidentado y ardoroso terreno de la política.

La sociedad llamada los *Numantinos* quedó fundada.

Y era de ver el afán con que los asociados celebraban sus misteriosas sesiones!

Las sociedades secretas preparaban entonces el advenimiento de mejores días. Los *numantinos* reuníanse en una casa de la calle de Hortaleza, revistiendo sus admisiones de neófitos y sus ceremonias con cierto aparato teatral y tenebroso. Los poderes despóticos suelen crearse siempre rodeados de enemigos formidables. Unos cuantos jóvenes hicieron temblar al gobierno, el cual mandó encerrar en la cárcel á siete *numantinos*, teniéndolos en clausura desde Enero hasta Junio de 1825.

Un tío político de Vega, á la sazón ministro; sirvió para el feliz desenlace de aquel proceso; pero tres de los jóvenes *numantinos* fueron sentenciados á vivir por espacio de tres meses reclusos en distintos conventos. Ventura de la Vega tenía un pariente en la *Trinidad de Madrid*, por cuyo motivo pidió y obtuvo ser destinado á dicho convento.

¿Cómo se entregó á hurtadillas, en aquel retiro, á sus trabajos favoritos! Así es que, al cumplir la condena y reanudar sus estudios con el ilustre Lista, dió á conocer aventajadamente su estro poético con varias composiciones de sabor clásico y de asunto bíblico.

El escritor puede decirse que estaba

ya formado. ¿Qué le faltaba? Un acicate, un impulso, un motivo. Todo esto surgió con el fallecimiento de su benévolo tío.

La madre de Ventura de la Vega le escribió para que regresase á América.... Pero nuestro biografiado comprendió que en Madrid estaban sus destinos. Solicitábasele de un lado el cariño materno, y de otro la gloria literaria.

¡Nada embriaga tanto como esto último! Ventura de la Vega continuó entregado á sus propias fuerzas en la corte de España.

Todos sus estudios, todo el caudal de conocimientos que había adquirido, los dirigió á un fin concreto. ¡Ganarse la vida!

Sus maravillosas facultades de asimilación fueron entonces ventajosamente aplicadas.

Empezó á arreglar y á traducir comedias del francés, con tal asiduidad y tanto éxito, que los envidiosos pulularon en gran número alrededor suyo.

Se le tildaba de no tener pensamiento propio; suponíasele falto de inventiva, pobre de imaginación... Nuestro poeta, en tanto, daba obras y más obras á la escena, abrumando con extraordinaria fecundidad á sus detractores.

La lista de sus producciones, traducidas ó arregladas del francés, sería interminable. Bástenos citar: *Los partidos*, de gran actualidad en aquella época; *La segunda dama duende*, *Otra casa con dos puertas*; la zarzuela, todavía popular en estos tiempos, *Jugar con fuego*. Así podríamos seguir la relación hasta el número de ochenta.

Algunos críticos suponían que hasta su apellido, homónimo del de Lope, le era favorable.

El mordaz Martínez Villergas aseguraba haber oído lo siguiente: «Que fecundidad la de Vega! Tiene más de dos mil comedias, sin contar los *Autos sacramentales*.»

La exaltación política de don Ventura de la Vega marchaba á la par de su actividad literaria y de sus travesuras ingeniosas. Su conversación era abundosa y chispeante. Los círculos madrileños de mayor nombradía se disputaban su asistencia, y él fué quien presentó por primera vez á las reuniones literarias del duque de Frias al inolvidable Larra, desconocido á la sazón, y el cual debía inmortalizarse más tarde el seudónimo de *Figaro*.

Pues bien; no solamente escribía Vega poesías en *El Artista* y en *Las Cartas Españolas*, artículos de crítica en el *Correo Nacional* y trabajos de biografía en el *Museo de las familias*, sino que también, formando parte de la milicia urbana, se unió en Agosto de 1836 á los que se alzaban contra el Estatuto, y según dice su biógrafo Ferrer del Río, invadida la Imprenta nacional con varios de sus amigos, escribía una alocución enérgica, breve, no autorizada por firma ni refrendo, y reducida á asegurar á los ciudadanos de que el propósito de los alborotadores no era otro que la caída del ministerio.

La indiscutible notoriedad de Ventura de la Vega le proporcionó, á partir del año 1836, variados destinos:

Desde luego fué nombrado auxiliar del ministerio de la Gobernación, y poco después se le eligió como secretario para la comisión encargada de inspeccionar el Conservatorio de María Cristina, y proponer la manera de reformarlo.

Esta ocupación constituyó para él un cambio de estado. Queremos decir que contrajo matrimonio con doña Manuela Cema, inspirada cantante de aquel establecimiento artístico, y á la cual consagró las afecciones de su vida, con tanta vehemencia, que al perderla en 1834, qui-

zá se hubiera retirado á un convento, á no impedírsele el cariño hácia sus hijos.

Entre los grandes méritos de Ventura de la Vega sobresalía su condición de excelente actor, demostrada en numerosos teatros particulares, donde recogió merecidísimos aplausos. Esta cualidad, á mas de otras, habíale granjeado el afecto del eminente artista don Julian Romea, quien no creaba ningún papel sin consultar la interpretación con su inteligente amigo.

Cuando el conde de San Luis creó el teatro Español, nombró director de él á Ventura de la Vega.

Era merecedor de este cargo como lo fué también de dirigir el Conservatorio de Música y Declamación, en cuyo empleo estuvo ocupado hasta el día de su muerte, ocurrida el 29 de Noviembre de 1865.

Se ha tildado de perezoso á don Ventura de la Vega. Quizá dijeran verdad los que de tal le acusaban.

Lo cierto es que, no obstante el gran número de obras que dejó preciosamente traducidas ó arregladas, habría podido tal vez legar á la literatura patria muchas obras originales de gran muestra.

Parece que el ilustre autor sólo se propuso dar un mentís á sus detractores, probando que había en él verdaderas y legítimas facultades de autor dramático.

Escribió un modelo de comedias: *El hombre de mundo*, que todos hemos aplaudido y que aplaudirán aun las generaciones venideras; un hermoso drama histórico *Don Fernando de Antequera* y una tragedia que se representó después de su muerte, y que es, á juicio nuestro una maravilla de carácter clásico: *La muerte de César*.

Una muestra, para concluir, de la indolencia del poeta.

Cuéntase que don Ventura no asistía nunca puntualmente á las citas.

Cuando Martínez de la Rosa fué presidente del Consejo de ministros, Ventura de la Vega fué designado para ir á la embajada de París en clase de agregado.

Llegó el día de la partida; la silla de postas salía al amanecer, y por mas que hizo alguna demora, esperó en vano á Ventura de la Vega.

¿Qué le había pasado? ¿Estaba enfermo?

No; sencillamente tenía sueño.

Es fama que le despertaron y que dando perezosas vueltas en su lecho, exclamó:

—¡Bah! que partan sin mí. No me levanto.

Y volvió á quedarse dormido, prefiriendo las dulzuras del sueño á la secretaría de la embajada!

(*El Globo.*)

LA COMISION

ESPAÑOLA EN AGADIR.

Una carta de Santa Cruz de Agadir dá cuenta, en los siguientes términos, de la llegada á aquel puerto de la comisión hispano-marroquí encargada de demarcar el emplazamiento de Santa Cruz de Mar Pequeña.

«Confundidas en aquel pueblo ambulante los moros, los judíos y los cristianos, que mutuamente se ofrecían sus provisiones, se anunció poco después la llegada de las bajas de las vecinas kábilas de Essima y Elimen, que venían con séquito lucido y numeroso á ofrecer á los comisionados su protección y franca hospitalidad. Montados en dos magníficas mulas y con algunos esclavos, que á pié y jadeantes seguían al estribo, se presentaron los bajas. El Hach Hamed

